

PREGON  
DE LAS  
FERIAS Y FIESTAS DE SAN ANTOLIN  
DE  
MEDINA DEL CAMPO  
LEIDO POR  
DON JUAN-JOSE DE MADARIAGA



*AMIGOS TODOS DE MEDINA DEL CAMPO:*

Quiero lo primero agradecer a quienes me designaron para cantar este pregón y compadecerles y disculparles por haber elegido tan mal, precisamente el año en que las fiestas serán más sonadas. Yo me temo mucho que no voy a cumplir mi misión de pregonero; porque, a mi corto entender, el pregón de fiestas debe ser la exaltación poética o literaria de los festejos que se preparen, o de los acontecimientos que vayan a ocurrir. Suele injertarse, en este tronco de sucesos felices, la savia de algunos famosos hechos, históricos o contemporáneos, que realcen la importancia de la localidad en que las fiestas se celebren y, concretamente en Medina del Campo, cuajada de hermosos acontecimientos y de personajes famosísimos, debería ser indispensable un comentario retrospectivo.

Si alguien esperaba una conferencia de historia de Medina, la que me precio de conocer medianamente, le diré que no considero ni momento ni lugar, pues pendientes todos del solaz y el recreo, no es oportuna la lección o la polémica, dedicando estos cortos momentos al comentario ligero. Y digo cortos, porque como anécdota sabrosa os diré, que uno de mis buenos amigos medinenses, me paró hace poco en la paza, siempre bella, de nuestra villa, para congratarse de mi elección como pregonero, pero para rogarme también la brevedad posible en mi oración.

Yo voy a dejar descansar, si puedo, en su eterno reposo a las excelsas figuras de reinas y santas, de monarcas y de príncipes, de próceres y conquistadores, de comerciantes y banqueros, de plebeyos y pícaros, que pasearon tantas veces y acudirían jaraneros a las plazas y las calles de la villa para presenciar las fiestas, como nosotros ahora.

Lo que es seguro, que si en la forma ha variado el regocijo y ya no son las cañas o las lanzas las que se rompen, ni pelean con los bravos cornudos los caballeros nobles y los grandes del Reino, ni se abre un corral para oír los versos del Fénix o la prosa del Príncipe de los Ingenios y son ahora las competiciones deportivas o las corridas profesionales y estilizadas, o el espectáculo cinematográfico, o el baile, convertido en danza guerrera de las tribus congoleñas, los espectáculos que privan, en el fondo todo sigue igual. El hombre viene a estas fiestas, como acudía entonces, para ver y festejar a su dama o para buscar una dama a quien venir a festejar en lo sucesivo. Y la mujer, que tampoco se queda atrás, aunque su hábil disimulo femenino haga

que se note menos su intención, viene para ser cortejada, admirada, deseada y por fin, y esta es la meta definitiva, solicitada,

Yo he venido, pues, decidido a cantar a esa mujer española y medinense, que, en fiestas y fuera de ellas, merece toda nuestra admiración, nuestro respeto, nuestro cariño y a la postre la dedicación de todos los actos nobles de nuestra vida, en sus diversos momentos y condiciones de madres, esposas, hijas o hermanas. Porque tienen, entre todas las virtudes, aquella tan importante que cita Alfred de Musset: "Mais elles ont la Beauté". Tienen la belleza.

Vais a decirme, seguramente, que esto de la hermosura es muy relativo, pues hay mujeres guapas y feas. Y yo añadiré que además la belleza es un concepto no sólo subjetivo, sino alternante o variante, pues aparte de estar localizado o comprendido casi únicamente en el período juvenil de la hembra, salvo rarísimas excepciones, es distinto y lo ha sido siempre según las épocas y la geografía. Sin ir más lejos, la mujer griega de facciones perfectas, boca pequeña, musculada, de ancha cintura y robustas extremidades, cuyo prototipo pudiera ser la tan conocida Venus de Milo, es hoy fundamentalmente distinta a nuestra belleza operante. Pero el paradigma de la perfección contemporánea, con ser difícil de marcar, puede estar, en cambio, más cerca de la dama de Eliche, con sus ojos ligeramente oblicuos, sus labios más jugosos y sus pelos cardados (realmente cardados con un cardo campesino o borriquero) que de nuestras abuelas del siglo pasado, con sus facciones reducidas y de gran perfección armónica. Y no digamos nada en la geografía. Pueblos existen y han existido, en donde la belleza está valorada por las cosas más extrañas; como, por ejemplo, por la mayor extensión del labio inferior, que ensanchan con platillos de gran diámetro; la más gruesa perforación de las orejas o el anillado arbitrario de las narices. El tatuaje se considera prueba de armonía en los países árabes. Y yo he visto resaltar la belleza de alguna india con incrustaciones, en su propia carne, de piedras preciosas y principalmente de diamantes. Todos sabemos que en Extremo Oriente y sobre todo en la China, las mujeres mutilan materialmente sus pies, con verdadero y prolongado sacrificio, por ser considerado el menor tamaño de esta extremidad síntoma de hermosura. Y no digamos nada de las proporciones del cuerpo. Desde considerar que la mujer, cuanto más protuberante era más hermosa, lo que dió lugar al conocido refrán español de "la mujer y la mula por la boca la entra la hermosura", hasta los regímenes dietéticos de nuestros días que, a fuerza de sacrificios, económicos y de apetencias, consiguen el tipo gamba hoy en boga.

Pero subjetiva y aún objetivamente, tenemos la fortuna de encontrar a veces mujeres tan especialmente hermosas, que parecen poseer un rayo de divinidad y exhalar luminosidad propia. Por ellas se comprende quizá la frase del poeta: "Un solo día de amor para la vida, me basta". En las abejas, el zángano feliz que fecundó a la reina, muere en el acto inexorablemente.

Hasta la aparición del Cristianismo, la mujer era un ser inferior y distinto del hombre. Y por cierto que nos hizo aquél en algunas cosas un pie agua, pues las mujeres han interpretado ciertos pasajes evangélicos, más a su conveniencia que en su verdadera significación. La elección del levisimo trabajo de María, frente a la laboriosidad doméstica de Marta, ha motivado el que pro-

curen elegir siempre esta mejor parte, de adorar al Señor o de recibir al forastero, antes que lavar la colada o los platos sucios del almuerzo. Quizá fuera el concepto peyorativo primitivo, consecuencia de las opiniones judías, cuya religión marca una gran diferencia entre los sexos, con grave perjuicio y desprecio del femenino. En todos los pueblos de la antigüedad no había términos medios. O la mujer era esclava prácticamente del hombre o por sus artes de coquetería y su talento se hacía imprescindible. Podía ser incluso soberana absoluta de una país por herencia o por ascenso. Balkis, la reina de Saba, Nefertitis, Semíramis, Cleopatra o, tan influyente con el verdadero soberano, que solamente su voluntad era respetada, como Herodias, Popea, Agripina o Catalina de Rusia.

Los griegos tienen un concepto tremendista de la mujer, cuando ejerce una influencia y deja de ser la sumisa esclava. Y puede inspirar los amores más absurdos, como Yocasta, dando origen al denominado complejo de Edipo, o llegar a los mayores crímenes como Electra, asesina de su madre, Clitemnestra que antes había dado muerte a su propio esposo.

Es también curioso el tema mitológico de las amazonas, ideado sin duda por alguna mujer que nada pudo dominar en su vida y creó esta historia como desahogo. Según él las mujeres guerreras se mutilaron un pecho para manejar con mayor destreza el arco, consiguiendo grandes triunfos frente a varones importantes, uno de ellos Hércules.

Roma hereda con más suavidad este concepto de los griegos, como heredó su arte y sus costumbres. Su espíritu guerrero hace a los romanos considerar a la mujer como la madre de todas las tropas que, convertidas en legiones, pasearían por todo el mundo de entonces conocido sus gladios y sus lituos. Las leyes romanas elevaban a la mujer, pero eran terribles para las de los pueblos vencidos y subyugados.

Los bárbaros, como todo pueblo guerrero, viajaban sin sus mujeres en vanguardia y vivían del botín, recogiendo en las puntas de sus lanzas, con la sangre de los vencidos, la honra de las doncellas violadas. Esta razzia salvaje produjo una malgama ventajosa entre vencidos y vencedores, que consiguió, a la larga, la fusión de las razas.

Hasta la Edad Media no entraría la mujer en España en la plenitud de sus derechos, iguales a los del hombre en casi todas las cosas, excepto en política y en amor. En lo uno y en lo otro sólo el varón tiene el derecho de opinión y de elección. La mujer se somete a lo que elijan para ella. Herencia del pueblo árabe, que durante tantos años convivió con el ibero-celta-romano-visigodo, fué seguramente este aislamiento de la mujer, desde su más tierna infancia, impidiéndola conocer, incluso, al que será después su esposo o dueño.

No se fiaba mucho el varón medieval de su legítima esposa y en sus largos viajes, casi todos para excursiones guerreras, la sometió al denigrante encierro o al cinturón de castidad, más vejante aún, que impedía las consecuencias de los actos definitivos, pero no evitaba las apetencias y devaneos, tan ofensivos o más que aquéllos. Ese era entonces el concepto de la honra. Criterio mezquino, pero bien traído y llevado, sobre todo en nuestra literatura clásica. "El médico de su honra", "A secreto agravio, secreta venganza", "El alcalde de Zalamea", de Calderón, por citar unos ejemplos de padres y maridos que vengan sus ofen-

sas con sangre. Temas repetidos también por Tirso, Cervantes, Mateo Alemán, Lope y otros muchos.

Los libros de caballerías elevaron mucho el papel de la mujer. Es el primer gran brote del romanticismo. Había que matar por la mujer, aunque no se la conociera, y había que morir por defenderla, aunque no se la amara. "Es más fácil morir por una mujer que vivir con ella", diría años después con su cinismo habitual Byron. Pero es el caso que la mujer fué muchos años la inspiradora de todos los hechos heroicos del varón. Sus colores preferidos eran lucidos en los campos de batalla y en los juegos de las villas, animando con el recuerdo fresco y sensual al guerrero o al paladín y excitándole con la esperanza del premio, que era la posesión de sus ocultas maravillas.

Es muy curioso el paso honroso de Suero de Quiñones, en el que unos cuantos muchachos, que hoy llamaríamos gamberros, convienen en defender el camino que atraviesa el río Orbigo para que nadie lo cruce, si no rompe antes, con alguno de ellos, un número de lanzas o cañas, o afirma la sublime hermosura de sus damas.

Viene luego en nuestra literatura y en nuestras costumbres la caricatura de esos amores románticos. Don Quijote crea, en la zafia y ruda Aldonza, el prototipo de todas las perfecciones femeninas. Con ello Cervantes nos demuestra que para un hombre de talento y de imaginación no es necesario encontrar en su vida a la soñada Dulcinea, puede convertirse a cualquiera de las Lorenzo triviales de carne y hueso en la más sublime y pura perfección.

Y la segunda caricatura es Don Juan, llamado entonces "El burlador de Sevilla", que crea un tipo de varón de una concupiscencia irresistible. Nadie cree después en el donjuanismo, aunque haya, sí, una clase de hombre más atractivo y con mayores posibilidades de triunfo en sus tanteos, que Paul Bourget estudia con acierto y denomina "l'homme a femmes". Y aunque también ocurra que todas las mujeres tengan un hombre que las ansiona y un cuarto de hora que las pierde, y si ambas cosas coinciden la resistencia es difícil. El que lo sepa y lo aproveche tiene sus probabilidades de éxito. A todas las mujeres las gustaría ser amadas como Dulcinea, por su Quijote romántico y espiritual, pero se entregarían gustosas a don Juan que las dejara los labios con el sabor amargo de la infidelidad, después de haber tenido, entre otros placeres, aquel que cita Rostand de "afrontar tantas compraciones".

Pero todas estas infidelidades masculinas se han tolerado en la realidad española y se han coreado en la literatura, e incluso en la actualidad se soportan, con la manifiesta injusticia que ha condenado la más mínima libertad del sexo débil. Y no es que yo aplauda la licencia en las mujeres. Todo lo contrario. Pero tampoco hay que alarmarse ni rasgarse las vestiduras por determinados actos que no rozan nada grave, porque la moral es precisamente lo natural. Y pecaría yo de poco nacional si admitiera cualquier contubernio de esa naturaleza. El francés, habiendo tomado a broma y como argumento principal el adulterio femenino; el germano, con absoluta indiferencia; el italiano con cómica pasividad, y el americano, que ha llegado a legalizarlo entre divorcio y cinematógrafo. Y es que hay sociedades que cifran su prestigio de individualidad en la fidelidad femenina y las ha habido y hoy surgen brotes, con particularidades distintas y atrayentes, que lo basan en todo lo contrario. Los popu-

los diarios de todo el mundo, en poder, la mayor parte, de aquellos semitas que tanto defendían el aislacionismo de sus hembras, anuncian hoy con frecuencia y grandes titulares los numerosos divorcios y nuevos enlaces de las bellezas más en boga en el séptimo arte o en la plutocracia internacional; lo que las hace más codiciadas de una clase de hombres que cifran su máxima felicidad y orgullo en ser uno más en la lista de cooperarios. ¡Qué lejos nuestro sentido medieval de matrimonio o posesión y las disposiciones de nuestro Código Penal, que tan leve y tan atenuante es con las penas del uxoricidio por adulterio! Y lo extraño es que nada se ha modificado en nuestras costumbres a pesar de la proximidad de fronteras y de la corrupción de costumbres en Francia desde el siglo XVIII.

He exagerado al decir nada, porque felizmente la mujer española ha asimilado de la libertad excesiva solamente la precisa para su vida de ecuanimidad. Y hoy se la permite salir, estudiar, trabajar y hacer casi todos los menesteres reservados hace unos años al varón, sin haber perdido por ello ni su feminidad ni su decoro. Para el verdadero varón la mujer debe ser verdaderamente femenina. Y hoy estamos ante el cuadro triste y frecuente del andrógino, semi-hombre y semi-mujer, sin las cualidades específicas de ningún sexo y las externas manifestaciones de ambos.

Pero me he salido un tanto del tema de mi pregón y voy a concretar por qué acuden alegres y jaraneras las mujeres medinenses a celebrar sus festejos. He dicho ya que vienen a buscar el amor. Ese amor del que dice Buffon que acorta la vida pero que la llena, y para encontrarle hay que engalanarse, hay que procurar hacerse más atractivas, aunque no todas saben que en la sencillez es donde la mayoría de los hombres encontramos la mejor gracia femenina.

La realidad es que sólo hay dos fuerzas que muevan el universo, como lo hubiera movido Galileo si le hubieran dado el punto que solicitaba en mitad del infinito para apoyar su palanca. Estas fuerzas son el amor y la ambición y aún podíamos decir que esta segunda es una consecuencia de la primera. Así, pues, el festejo no es más que una fórmula arcaica y con distintos procedimientos para facilitar el hallazgo de ese amor. Dice Marañón que las mujeres pueden querer de dos maneras: o protegiendo al ser amado por ser más débil que ellas y amarle con un amor maternal, o admirando su mayor fortaleza y ser dominadas por él. La mujer española en general busca más el matrimonio que el amor en sí. Teme a la soltería. Aún hoy, que puede defenderse mejor con sus propios medios, tiene el complejo de sus amigas casadas y es capaz de tomar sus decisiones precipitadamente. Lo triste es que muchas veces se olvidan de que su principal papel es el de la maternidad y dejan en segundo lugar su verdadera misión. Tan inteligentes o más que el varón, quieren emularlo, sin percibir que lo que nosotros buscamos en ellas no son esas características algo masculinas, sino su feminidad y sus cualidades domésticas y maternales.

Si buscáramos en nuestra vida a quien imitar en su sínéresis no las buscaríamos a ellas. Si fuéramos detrás del talento hubiéramos intentado acercarnos a un Ortega. Si la cultura es lo que persiguiéramos, nos arrimaríamos a Menéndez Pidal. Y si fuera el lucro o la solución de nuestra crematística procuraríamos la amistad de un March.

Buscamos, más bien, lo que definió Nitzche con ese nombre de "eterno-fe-

menino". Esa atracción diferenciada y mixta, que no se encuentra para el hombre normal más que en la mujer normal. Puede existir también en la amistad, pero con la gran diferencia de que aquí está completamente desprovista de sensualidad. Por eso es difícil o casi imposible la amistad verdadera entre hombre y mujer, ya que en uno de los dos puede degenerar en cariño y matar la amistad. Entre dos mujeres es aún más difícil que entre dos hombres, y dice Benavente, con esa gracia irónica que le caracteriza, que "la amistad entre dos mujeres es como la alianza entre dos naciones; más que para favorecerse ellas es para molestar a las demás".

Y esto lo dice nuestro Premio Nobel, que siente por la mujer una gran deferencia y que conoce su corazón como pocos autores. Puede decirse que en todas sus obras da preferencia al modo de querer de la mujer sobre la del hombre. Así en "La Princesa Bebé" dice: "Para un corazón de mujer nada tiene sentido en la vida, ni el deber, ni la ambición, ni el sacrificio, ni preceptos de moral, ni la misma fe religiosa, si no es el amor". Y en otra parte dice: "Aún es posible que una mujer se resigne a vivir sin ser nunca amada. Pero sin amar, ¿cómo puede vivir?"

Respecto a las mujeres inteligentes, pero no las que ellas se creen, sino las que lo son, que ya he dicho es una gran mayoría, la diferencia está en que las segundas, si hacen tonterías, al darse cuenta pueden corregirlas, pero las primeras están orgullosas de sus insensateces. Pues bien; es peligroso el papel de las sabias. Ortega dice que la mujer talentada huele a hombre, y Tollerand, que casó dos veces, solía hablar de que nadie sabe el placer de estar casado con una tonta mejor que quien estuvo primero casado con una lista. Claro que la verdaderamente dotada no deja percibir su superioridad, que es lo que más puede doler al varón. Nada tan denigrante para un hombre de talento normal como ser "el marido de la Tellez". Asimismo deben ellas ocultar el valor de su cultura para no parecer pedantes.

No puedo hablar de los defectos específicos de la mujer porque considero que no los tiene. En general es el hombre quien se los enseña. Se ha dicho que la mujer es cotilla y ama la crítica. Considero que estos defectos, si no mayores, son en el hombre de peores consecuencias, porque presumen fementidamente de determinados actos, aunque no sea verdad que los realizaron y de los que la mujer no puede presumir aunque de verdad los haya realizado.

Si la mujer miente alguna vez es porque el hombre la obliga con su excesiva severidad. Severidad sólo tolerada por la ley del embudo, que permite una poligamia justificada para el varón, frente a la austeridad no convencional, sino sentida y normal, nunca compensada, de la mujer.

Vamos, pues, al encuentro, aprovechando este momento ferial y jaranero, de la felicidad. Como fueron hace años y aun siglos tantas ilustres damas de Medina que, como hoy vosotras, ocultaban tras su virgen pudor, la promesa de sus encantos y, con ellos, los frutos futuros de la bendición evangélica. Llamáranse María Velasco, de la progenie de los Condestables de Castilla; Juana de Bobadilla, que dió héroes para escribir la mitad de la historia de España; las madres de los Mercados y los Ibáñez, de los Barrientos o los Gutiérrez, cuya fecundidad logró la sumisión de esta Castilla. O quizá María Rejón, que nunca sabría que el fruto que salió de sus entrañas, Bernal Díaz del Castillo,

conquistaría el imperio de los templos de jaspe de los Mayas y de los palacios de oro de los Aztecas. Narrándonos también, cuando ya no podía manejar su espada, como se llevó a cabo la epopeya de multiplicar por cinco el territorio nacional, por menos de quinientos valiente que llevaban a Cristo en el corazón y su ambición en el cerebro.

Y la mujer de Alonso de Quintanilla, lista siempre para ayudar a su esposo, que llevó la difícil tarea de preparar la administración y los medios para un imperio, donde pronto no se pondría el sol. Y tantas y tantas, santas y reinas, princesas o fregonas, que hallaron su destino feliz paseando por las calles del Azogue o de la Rúa, circundando las plazas de la Cruz Verde o la de Serranos, saliendo o entrando por las puertas del Arcillo o de Salamanca; antes o después de encomendarse al Altísimo en la Parroquia de Santo Domingo de Silos o de agradecerle mercedes en el Monasterio de San Bartolomé. O quizá llegarse caminando en zalamero coloquio hasta la Ermita de los Mártires o haciendo un viacrucis por el Calvario que conducía a la de San Cosme y San Damián. Mucha responsabilidad es nacer en Medina, y los que tuvisteis esa dicha, como los que por voluntad nos cobijamos bajo su cielo, tenemos la obligación, aun al divertirnos, de conservar esa historia gloriosa.

Y vosotros, varones, aunque sé que no necesitáis mi consejo y estoy seguro que venís al festejo con el alma sana, henchida de ilusión, aprovechad el momento de solaz para el amor. Sin regateos de edad y de bolsillo, sin temor a que por vuestra madurez haya pasado el último tranvía de vuestra esperanza. Sin pareceros elevado el convite o excesivo el gasto, que todo será mezquino si halláis la compensación de vuestro agrado.

Y, sobre todo, sin gamberrismo, frente a esos seres débiles, que son hoy, como fueron antes vuestras madres y como luego, muy pronto, serán vuestras hijas. Que nunca podáis arrepentiros de realizar actos que la educación prohíbe, la hombría de bien repugna y la ley castiga.

Que seáis para ellas lo que esperan, en su romanticismo femenino y pueril. El caballero soñado que se acerca discreto a recibir su aliento virgen, su humanidad frágil y su alma descomunal. Que puedan en sus sueños ingenuos decir con el poeta:

"Calla, calla, Princesa, dice el Hada madrina,  
Que en caballo con alas hacia aquí se encamina,  
En el cinto la espada y en la mano el azor,  
El feliz caballero que te adora sin verte,  
Y que viene de lejos vencedor de la muerte,  
A encenderte los labios con un beso de amor."